

Mientras no cambie la ley, la televisión pública está en dura competencia con las privadas para contribuir a los enormes gastos que conlleva. Esto explica que los anuncios se enseñoreen hasta el punto de faltar al respeto a la audiencia, convirtiendo las películas en una mininovela por entregas. Menos mal que esa falta de respeto al espectador no lleva aparejado un coste económico adicional. Ahora bien, teniendo en cuenta que las televisiones públicas – y esto vale para la cadena estatal pero también para las autonómicas y municipales – se sufragan con dinero de todos los ciudadanos, lo coherente sería no aburrir tanto al espectador con cuyos impuestos se financian esas televisiones. M. GONZÁLEZ	
La pedregosa respiración de la mujer se hizo angustiosa con el aire helado de la madrugada. El coronel tenía aún los ojos abiertos cuando ella habló con una voz reposada, conciliatoria. —Estás despierto. —Sí. —Trata de entrar en razón —dijo la mujer—. Habla mañana con mi compadre Sabas. —No viene hasta el lunes. —Mejor —dijo la mujer—. Así tendrás tres días para recapacitar. —No hay nada que recapacitar —dijo el coronel. GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ: El coronel no tiene quien le escriba	
Sí, yo podía describiros esta ciudad y ejercitar mi mayor o menor virtuosidad en la descripción literaria. Podría deciros cómo esta ciudad de Salamanca, asentada en un llano, a orillas del Tormes, es una ciudad abierta y alegre, sí, muy alegre. Como el sol, que sobre ella brilla, ha dorado las piedras de sus torres, de sus templos y sus palacios, esa piedra dulce y blanda, que recién sacada de la cantera se corta como el queso, a cuchillo, y luego, oxidándose, toma ese color de oro viejo, y cómo a la caída de la tarde es una fiesta para los ojos y para el espíritu ver a la ciudad, como poso del cielo en la tierra, destacar su oro sobre la plata del cielo y reflejarse, desdoblándose, en las aguas del Tormes, pareciendo un friso suspendido en el espacio, algo de magia y de leyenda. Miguel de UNAMUNO. Por tierras de Portugal y de España.	
En un estudio con monos en un proceso de aprendizaje discriminativo, han mostrado que las neuronas en el córtex prefrontal se activan y reorganizan mejor cuando tiene lugar un ensayo correcto (con reforzamiento) que cuando es incorrecto. Cuando hay un acierto, las neuronas, parece que permanecen activas más tiempo y se reorganizan para el próximo ensayo, aumentando la probabilidad de acierto. En cambio, cuando hay un error apenas hay cambios en esas neuronas y el aprendizaje es más difícil que se produzca [...]. Solo como ejemplo educativo, en una tarea de lectura o matemáticas de un niño, sabemos ya que señalarle los errores, castigarle cuando se equivoca o criticarle porque no ha hecho la tarea bien, no va a producir un nuevo aprendizaje y no va a mejorar en su lectura o matemáticas. Es evidente que es mucho mejor resaltar los aciertos, alabarle cuando ha leído bien, o señalar lo bien que ha resuelto el problema de matemáticas, y seguro que seguirá aprendiendo más en su futuro escolar. <http://www.conducta.org>	

Una noche, una noche de invernada, hubo un naufragio. Porque, como sabéis, éste era y es un país de muchos naufragios. Pero aquel fue un naufragio muy especial. El barco se llamaba Palermo e iba cargado de acordeones. Mil acordeones embalados en madera. La tempestad hundió el barco y arrastró el cargamento hacia la costa. El mar, con sus brazos de estibador enloquecido, destrozó las cajas y fue llevando los acordeones hacia las playas. Los acordeones sonaron toda la noche, con melodías, claro, más bien tristes. Era una música que entraba por las ventanas, empujada por el vendaval. Como todas las gentes de la comarca, las dos hermanas despertaron y la escucharon también, sobrecogidas. Por la mañana, los acordeones yacían en los arenales, como cadáveres de instrumentos ahogados. Todos quedaron inservibles. Todos, menos uno. Lo encontró un joven pescador en una gruta. Le pareció una suerte tal que aprendió a tocarlo. Ya era un muchacho alegre, con mucha chispa, pero aquel acordeón cayó en sus manos como una gracia. Manuel RIVAS. El lápiz del carpintero.	
Leche entera Arroz Cáscara de limón Canela en polvo Azúcar En una cazuela pon a hervir la leche (4 vasos grandes) junto con la rama de canela y la cáscara de limón. En otra cueces el arroz (seis cucharadas bien colmadas) en agua durante 10 minutos. Retiras y escurres bien para añadirla acto seguido a la leche. A continuación, deja cocer a fuego muy lento el arroz y la leche al menos 15 minutos más. Retiramos un momento del fuego, para que no se nos pegue, y le añadimos seis cucharadas de azúcar que removeremos bien para disolverlas. Finalmente arrimamos la cazuela al fuego y, sin dejar de mover con una cuchara de madera, la mantenemos un minuto más para integrar bien el azúcar. Repartimos el arroz en una fuente y añadimos canela en polvo.	